

El nacimiento, el matrimonio y la muerte en Badajoz

Guadalupe González-Hontoria y Allendesalazar

El Ateneo matritense —como es bien sabido— envió en 1901, una encuesta sobre ritos y costumbres de Nacimiento, Matrimonio y Muerte a un gran número de pueblos de España.

Las respuestas a este cuestionario se hallan depositadas en el Museo Etnológico de Madrid, y en parte, están siendo publicadas. Son de gran interés las correspondientes a la provincia de Badajoz: Cabeza de Buey, Castuera, Llerena, Maquilla y Villa-real.

En 1980 desde la cátedra de Antropología y Etnología de la Universidad Autónoma de Madrid, hemos repetido las preguntas de la citada Encuesta en Villafranca de los Barros, habiéndose podido obtener datos muy valiosos de aquella localidad, y detalles concretos de otros varios lugares con objeto de poder realizar un análisis comparativo.

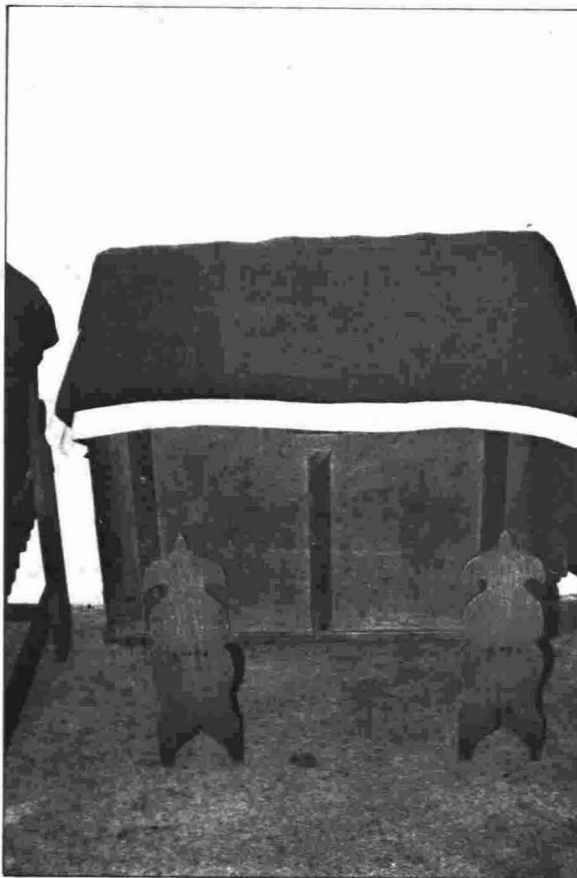
Nacimiento.

Nada nos decían los informantes de 1901 del uso, en aquella época, de un artefacto con el que se ayudaban las mujeres en el parto. Y sin embargo hemos podido encontrar en Villafranca de los Barros, en 1981, dicho mueble llamado «servicio», en casa de una señora de noventa y dos años, que aún lo utilizó cuando nació su hijo mayor hace sesenta y ocho.

Se trata de algo semejante a una mesilla de noche aunque más baja —con un gran hueco circular en su tabla superior, un plato de cerámica estannífera decorada en su suelo, además de una puerta en su parte delantera. La parturienta se sentaba sobre el «servicio» para hacer fuerzas y empujar, siendo ayudada por las vecinas y por la comadrona o «comadre» que actuaba abriendo la puerta.

Los citados datos de 1901 nos hablan en cambio de las reliquias y amuletos que usaba la madre durante el parto, llevándolos encima. Eran los mismos que luego se pondrían al niño al ir a bautizarlo. También como se temía mucho en aquéllos tiempos al *mal de ojo*, se les colgaban a los pequeños del cuello, para protegerles de él: medias lunas, soles y diversos signos zodiacales.

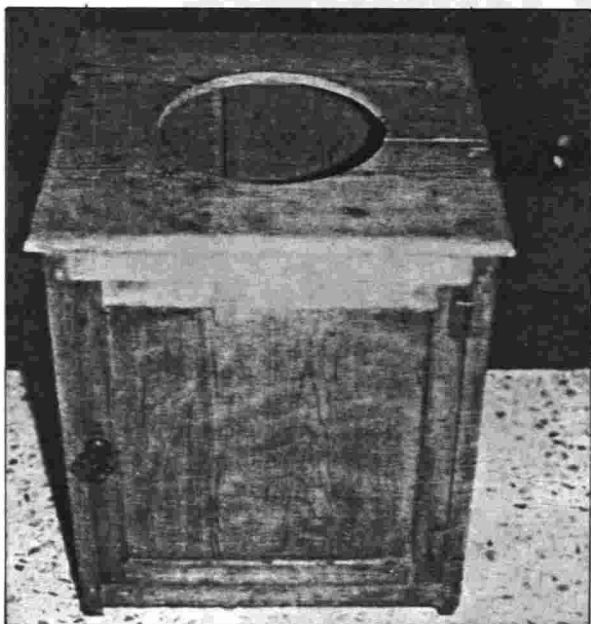
Otras veces una mano en forma punzante de *higa* y a ésta se añadía —por si acaso— una pequeña cartera bordada que contenía *los Evangelios*, mezclando así —como ha sido tan común en nuestro país— objetos religiosos ortodoxos con otros supersticiosos.



Baúl de novia y ajuar. Villafranca de los Barros.

Nos habla esta Encuesta del *bautizo* y su *indumentaria*. Como se ponía al niño al alborar nuestro siglo, una vestimenta especial que solía ser regalo de los padrinos. Llevaba faldón o *mantillón*, capota o *gola* y un gorro muy adornado. En las familias más pudientes el faldón se sujetaba con cinta de seda roja o azul haciendo juego con el gorro atado con cintas del color del faldón y además capa de seda o de merino. Estas familias ricas celebraban el sacramento con mucho boato mandando *colgar* la pila bautismal, adornándola con tapices y colgaduras.

Los informantes de Villafranca de los Barros nos cuentan que al niño cuando no dormía con sus padres, se le ponía en una *cuna* de hierro, formada por estrechas planchas dotada de balancín. Se conservan en mu-



Silla «Partera» denominada «servicio». Villafranca de los Barros.

chas casas aún hoy y se dice que tienen más de cien años.

Para que el pequeñuelo aprendiese a andar, cada uno de ellos tenía una silla con asiento de enea donde se le sentaba para darle de comer, y ese mismo asiento se tiraba al suelo y el niño agarraba las patas y lo llevaba delante empujándolo. También se hacían *andadores* de tela hechos con cintas de lienzo blanco, formando pequeños coetillos con que se les vestía. Las madres les sujetaban por el extremo de las cintas, dirigiéndoles y sosteniéndoles así en sus primeros pasos.

Matrimonio.

Declaración amorosa. Fue frecuente hasta hace algunos años, en muchos lugares de la provincia, coincidiendo en esto con gran parte de nuestra geografía peninsular, que el joven tirase una porra en el portal de la chica pretendida gritando «¡porra adentro o porra afuera!» como señal de petición de relaciones; Si la joven no devolvía el bastón al arroyo se consideraba que accedía al noviazgo y que la respuesta era afirmativa.

De este detalle nos informa la Encuesta del Ateneo y también de la costumbre de Villanueva de la Serena en el día de San Juan, de que pintarrajease de bermellón los muros recién encalados de la casa de la joven preferida, el mozo que no se atrevía a declararse directamente. Más tarde para formalizar el noviazgo debía ofrecerse dinero a la prometida por parte del novio.

En el *ajuar* según la encuesta de 1980 en Villafranca de los Barros las mujeres hasta hace unos treinta años llevaban el coetillo sin mangas, el cubrecórsé con manga corta, chambra, enaguas de tela y saya de punto o refajo. Toda esta ropa la preparaba la novia para usarla cuando fuera vieja. Al llegar a serlo añadiría, el «moretes» o pañuelo para la frente, otro para la cabeza y cubriéndolo todo, el mantón negro de paño. Las mujeres de una mayor categoría social en lugar del mantón llevaban el toquillón de lana o velo.

Para guardar la ropa, la novia aportaba al matrimonio una *cómoda* y el novio un baúl. Ambos muebles se conservan, aún hoy día, en todos los hogares de Badajoz.



NARRIA

Estudios de Artes y
Tradiciones Populares

Edita: Museo de Artes y Tradiciones Populares

Departamento de Prehistoria y Arqueología

U.A.M.

Si desea recibir contra reembolso o giro postal los números de **NARRIA** a medida de su aparición rellene los siguientes datos:

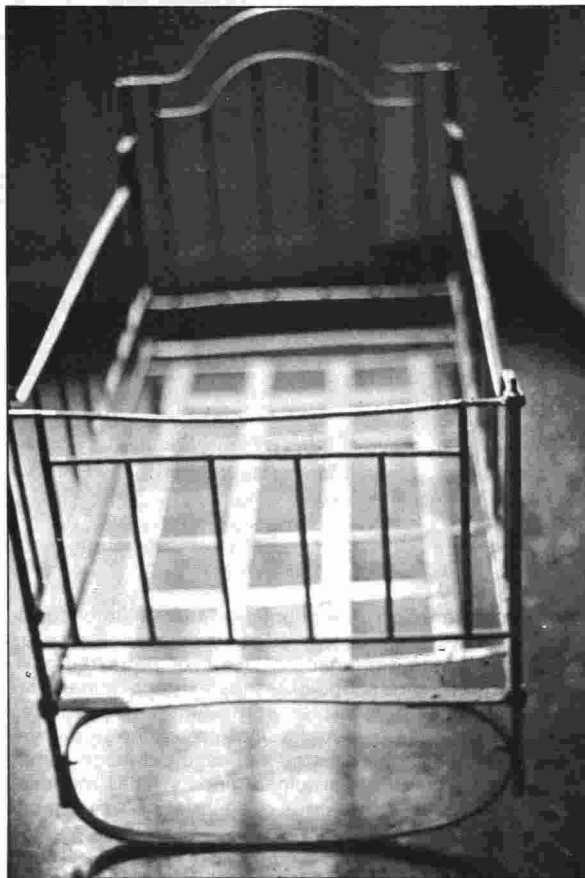
Apellidos _____ Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____ Teléfono _____

El precio de cada número será de 100 pts
Suscripción de los 4 números anuales, 400 pts

La cama matrimonial que se usaba hace unos setenta u ochenta años era de hierro con las clásicas bolas doradas, después se cambió por una de madera y por fin después de nuestra guerra civil del 36, ya se llevaba «el cuarto». Al menos en Badajoz fue solamente desde esas fechas cuando todas las novias comenzaron a casarse de blanco. Según los datos de Villafranca de los Barros.



Cuna de hierro. Villafranca de los Barros.

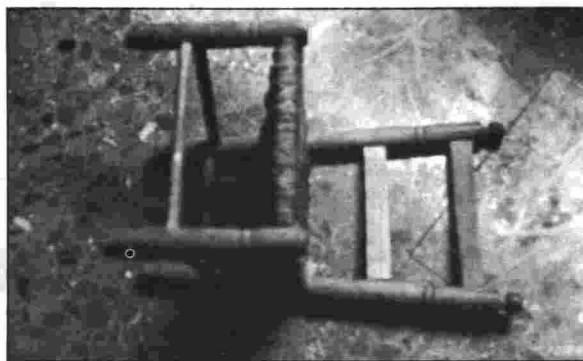
En cambio, en Cabeza de Buey a principios de siglo (1901 Encuesta del Ateneo) en las clases pobres llevaban sin excepción traje negro, tanto los novios como el acompañamiento; además la novia mantón de Manila y el novio faja de colores vistosos y lazo al cuello.

La costumbre del uso del traje blanco en la novia para la boda, nació en las clases altas por influjo de la moda de París, y en Extremadura comenzó hace unos setenta años, ya que hace noventa o cien, estando de acuerdo la mayoría de los informantes —aún se casaban de negro.

Hasta hace pocos años en Villafranca, para la comida de la boda, se comenzaba a trabajar con unos días de antelación tanto en casa de la novia como en la del novio. De preparar los dulces se encargaba la «dulcera» pero era ayudada por las mujeres de ambas casas en el «puñeteo» de la masa. Al total de las operaciones de guiso de los dulces llamaban «hacer el frito».

Había, por lo menos, dos tartas en la mesa presidencial una en cada extremo y en el centro una «manga gitana» o brazo de gitano; las tartas han sido tradicionalmente de bizcochos superpuestos y cubiertos de «mimo» o sea merengue. Las cantidades, era costumbre, que fueran muy superiores a las que habían de consumirse en la boda, ya que después del banquete se repartía una bandeja con una «muestra», entre las vecinas y amigas que no hubieran podido asistir o que no estu-

vieran invitadas, para que así compartieran la alegría familiar.



Silla de niño con la que, tumbada, aprendían a andar. Villafranca de los Barros.

El día anterior a la boda las dos familias intervenían en lo que se llamaba «el pelatorio» o sea en la preparación del convite, pelando gallinas y pavos, además del guiso de la caldereta extremeña a base de cordero, estando ya, como hemos visto, toda la dulcería hecha.

Se conocen en Villafranca varias creencias supersticiosas que no se sabe de cuando datan, sobre la cama del matrimonio. Por una parte se decía que la joven que se iba a casar no debía preparar ella misma su propio lecho, ya que la costumbre era estrenarlo el día de su boda pero hecho por otra persona que casi siempre solía ser su madre, pues sino le acarrearía mala suerte. En cambio se consideraba muy buena fortuna para otras personas el echarse en la cama reservada para los recién casados.

En cuanto a ritos de *muerte* sabemos también por la Encuesta ateísta de 1901 que para asistir al entierro era costumbre que los parientes y especialmente entre labriegos, más cercanos, llevasen capa, aunque fuese en verano, se bajasen las alas del sombrero, se subieran el cuello, se pusieran alrededor de él un pañuelo negro para taparse el rostro por completo, en lugar de emborazarse en la capa y cubrirse con ella como hacían en Cáceres en las mismas circunstancias.

En toda Extremadura según los mismos datos de principios del siglo actual, los ataúdes iban descubiertos cuando se trataba de alguna persona joven y soltera. Los de niños llenos de flores y los de los adultos cerrados. Los pobres de solemnidad no se les llevaba en caja sino en unas andas.

Ha sido característica extremeña en los entierros y en las procesiones de ánimas llevar calabazas y cántaros con luces. En el Día de Difuntos todos los años se solía celebrar la «calbotada» o sea la cena con castañas, costumbre que para Hoyos Sainz descende de la zona leonesa (1).

Agradecemos a Coronada Domínguez de la Concha, a su madre y a su abuela los datos proporcionados sobre Villafranca de los Barros.

(1) Hoyos Sainz, Luis «Folklore español del culto a los muertos». R.D.T.P. Tomo I. 1944-45. Cuaderno 1º.

(2) Domínguez de la Concha, María Coronada «Ritos y costumbres de Villafranca de los Barros». Trabajo inédito. Cátedra de Antropología y Etnología. Departamento de Arqueología. Museo de Artes y Tradiciones populares. Universidad Autónoma de Madrid. 1980.